

UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN IX • NUMEROS 3-4
MEXICO, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1954

EJEMPLAR: \$ 1.50

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M. • MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

SALUDO A SRI RADHAKRISHNAN

Por Octavio PAZ

PARA todo aquel que se haya asomado alguna vez a la historia del pensamiento indio, la presencia de Sri Radhakrishnan entre nosotros constituye una verdadera fiesta del espíritu. Todos los que nos hemos intere-

sado en la vida religiosa y filosófica de la India antigua le debemos gratitud. Su obra es un puente entre el pensamiento occidental y el oriental. Su obra y, asimismo, su persona — porque la mayor parte de sus libros, antes de ser escritos

en la soledad del gabinete de estudio, fueron palabra viva en varias universidades inglesas, indias y chinas. Fiel a la tradición de su patria, Radhakrishnan concibe la especulación, la crítica y la historia de la filosofía como actividades

inseparables de la vida. Para el pensamiento indio —desde los himnos védicos hasta las creaciones de un Samkara o un Ramana-juja— la contemplación es también acción. Así, el conocimiento posee un carácter concreto. Saber es poder... pero no en el sentido pragmático y técnico de Occidente. Se trata de un saber que se ejerce en primer término sobre aquel que conoce: el conocimiento es liberación interior. Y sólo el hombre de verdad libre es digno de ayudar a los otros. No es extraño, por tanto, que la India moderna nos haya dado hombres de acción que son al mismo tiempo contemplativos. Gandhi, acaso la figura más alta y pura de nuestro atroz siglo xx, no es, como todos sabéis, el único ejemplo. Tagore, Nehru son gente de pensamiento y de acción. Sri Radhakrishnan pertenece a esta estirpe ejemplar. Historiador de la filosofía, profundo conocedor de la tradición occidental tanto como de la oriental, agudo comentarista de los dos grandes textos religiosos de Oriente —el Bhagavad Gita y el Dhamapada— su obra no tiene ese sabor de erudición que a veces fatiga en otros autores que tratan los mismos temas. En sus libros la información se transforma, como ocurre siempre con todo filósofo auténtico, en saber espiritual. Y este saber, por constituir precisamente un saber sobre sí mismo, no se rehusa a la acción: Sri Radhakrishnan ha servido y sirve a su patria en la forma que todos conocéis. De ahí que nos complazca



... Para aquél que conoce la verdad no hay amigo ni enemigo, ni asesino ni víctima ...

saludar en él a una cada vez menos frecuente clase de hombres: aquella que nos muestra, en la unidad de una vida y una obra, cómo puede resolverse el pretendido divorcio entre el pensamiento y la acción, la vida práctica y la contemplativa, la realidad y el sueño.

La enseñanza mejor que nos puede dar el estudio de la filosofía india consiste en ese jamás apartarse de las fuentes de la vida. El pensamiento indio, creador de un monismo idealista de gran rigor y de algunos de los sistemas más complejos y abstractos de la filosofía universal, nunca se ha olvidado de su fin último: el hombre. No es paradójico, por tanto, afirmar que el idealismo —que en Occidente ha llevado a un olvido casi completo del hombre de carne y hueso— en la India ha tenido siempre un carácter de “saber concreto”. El sistema yoga —que hasta ahora empieza a ser reconocido por lo que realmente es y sobre cuyo valor psicológico se han pronunciado ya, definitivamente, hombres como el doctor Jung y el escritor Huxley— no es sino un ejemplo de esta interrelación constante entre la vida y el pensamiento. En realidad, toda la filosofía de la India —sin excluir a los dos grandes herejías: el budismo y el jainismo— están impregnadas de Yoga. Y el mismo Yoga no es más que el desarrollo de una afirmación que se encuentra en el origen del pensamiento indio y que determina toda su evolución posterior: el atmán (el ser o conciencia personal) es idéntico al brahmán (ser o conciencia universal). La dualidad del sujeto y objeto es ilusoria; el hombre desgarrado y escindido puede trascender su condición y, como quería el poeta Rimbaud, “poseer la verdad en un alma y un cuerpo”. Semejante estado se llama “ananda” para la filosofía vedanta y

samadhi para el sistema Yoga.

Si el objeto de toda filosofía es —o debería ser— el conocimiento total del hombre, la crítica que Radhakrishnan hace a la mayoría de los sistemas occidentales, en su “Indian Philosophy”, es justa. En efecto, la metafísica occidental parte casi siempre de una visión parcial del hombre. Para nosotros la conciencia humana es, por excelencia, la conciencia tal cual aparece en el estado de vigilia. El pensamiento indio, en cambio, considera al ser del hombre en su triple manifestación: la vela, el sueño y el dormir sin sueños. Así, dice nuestro ilustre huésped, “si sólo nos ocupamos de la conciencia despierta, nuestras concepciones metafísicas serán realistas, dualistas o pluralistas. Si estudiamos exclusivamente la conciencia como se expresa en el sueño, nos inclinaremos excesivamente

te hacia doctrinas subjetivistas. Y el estado de sueño sin sueños nos llevará a concepciones abstractas y místicas. Pero la verdad completa debe reflejar todas estas manifestaciones de la conciencia”. Ahora bien, tanto las imágenes del sueño como las percepciones de la conciencia despierta constituyen, en cierto modo, realidades verdaderas aunque contradictorias. Para el que sueña sus imágenes son reales, en relación con su soñar. Esa realidad es relativa, puesto que no coincide con la realidad que percibe cuando despierta. Y, a su vez, la realidad de la conciencia despierta “no tiene existencia permanente puesto que corresponde sólo al estado de vela. Desaparece en el sueño y en el dormir sin sueños”. Lo que no impide que se trate de la misma conciencia, del mismo ser humano. Otro tanto ocurre con el dormir sin sueños: ahí, hasta donde

podemos saber, desaparecen objetos e imágenes y la conciencia parece reabsorberse en su unidad original y primigenia. Se reabsorbe, pero no desaparece. *El ser sigue siendo*. Así pues, hay algo que permanece inmutable aunque cambiante, igual a sí mismo siempre y siempre diferente. El ser, dice el “Katha Upanishad”, “ni nace ni muere... si el asesino piensa que mata o si el asesinado piensa que muere, ambos desconocen la verdad porque el ser ni mata ni puede morir”. Tal es, a grandes rasgos, la raíz del idealismo indio según lo explica Radhakrishnan. Todos los grandes movimientos y escuelas —incluso el budismo, que niega al yo, a la conciencia y al mundo fenomenal— parten de esta antigua noción del ser.

La continuidad del pensamiento indio se expresa en una anécdota atribuida al monje budista Aryadeva, discípulo del gran Nagarjuna, y en la que se encuentra un eco de la doctrina que expone el “Katha Upanishad”: Un secretario, vencido en una disputa y embargado por la cólera, apuñala a Aryadeva. Agonizante, el santo se acerca a su asesino, le entrega su túnica para que se disfrace y le ruega que huya. Cuando los discípulos se acercan al maestro pidiéndole que explique su extraña conducta, éste contesta: “Todo está vacío. Para aquél que conoce la verdad no hay amigo ni enemigo, ni asesino ni víctima”. Esta admirable anécdota revela la íntima correspondencia entre la especulación más abstracta y la vida. *El pensamiento realmente encarna*. Eso es lo que se llama “dharma”: la “doctrina”, sí, pero también nuestro destino personal, libremente aceptado.

El pensamiento occidental parte de una concepción del ser bastante distinta. Para Parménides el “ser

(Pasa a la pág. 9)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

Director de Difusión Cultural:

Licenciado Jaime García Terrés.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
“REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO”
Universidad Nacional Autónoma de México,
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: \$ 1.50

Suscripción anual: \$ 10.00

PATROCINADORES

ABBOTT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

hambre de saber. Frente a tan magro alimento desfallecerá en "rigoroso" ayuno. Sin embargo, para otros que vislumbren luces de allendidad en la ciega noche en que todos caminamos a este lado de la muerte, el Memorial constituye uno de los soberanos consuelos, uno de los más eficaces viáticos para sobrellevar el destino humano, en particular el terror frente al misterio y la angustia asfixiante del no-ser.

A los "libertinos", sus amigos, para quienes proyectaba su obra de apologética, que por fortuna quedó trunca, con la belleza mutilada de una estatua antigua, Pascal daba extraños consejos, como el de apostar a la eternidad, puesto que con ello nada se pierde, o el de tomar, aun sin fe, agua bendita. "Cela vous fera croire et vous abêtira. Esto os hará creer y os embrutecerá". Pero él, el hombre Pascal no necesitó de tan precarias recetas. Su Dios no era el Dios de los filósofos ni de los sabios. Su Dios era el Dios de Jesucristo. Y, más afortunado que el sabio y el filósofo que viven y mueren sin saciar su sed, Pascal, por otras vías, llegó a la fuente de agua viva y bebió de ella a grandes tragos. Y consiguió eso que está vedado no sólo a los sabios y a los filósofos, sino a la mayoría de los hombres: La certidumbre y la alegría.

La helada risa del escepticismo podrá hacer mofa de este documento. Podrá tildarlo de ilusión y de insanidad. Otros lo leerán con veneración y sentirán, con las razones del corazón, la misma certidumbre con que fué escrito.

Si por ventura el creyente y el ateo se encontraran unos breves minutos después de muertos, y si, por imposible, el ateo, creyente en la Nada, hubiese ganado la apuesta, en el tránsito pavoroso al no-ser, del que ambos tendrían una absoluta certidumbre, aun así, aun entonces, el creyente podría decir al ateo:

"No me arrepiento, y ahora menos que nunca. Sea. El mundo no tiene sentido; pero yo, mientras tuve existencia y alma y pensamiento, di un sentido al Universo. Por mí, gracias a mí, fué tal como debió haber sido. Amigo, tú viviste sin ilusión, como los brutos. Te compadezco."

Pascal fué uno de los inventores del cálculo de probabilidades. Toda su apologética cristiana es un desesperado probabilismo destinado a aquellos que viven en el mundo de la segunda dimensión, en el mundo de la razón escueta. Pero él no moraba en esa fría penumbra de probabilismo. El vivió en el mundo del tercer orden: El de la gracia y la certeza. De allí nos llega su mensaje de ultratumba, ese Memorial, esa hoja que llevaba oculta en el forro de su casaca, cerca del corazón vidente. El borrador ha llegado a nosotros como una de esas botellas que los naufragos lanzan al mar para que lleve a los vivos sus postreros pensamientos.

Ese raro mensaje, cada cual podrá meditarlo a su modo. Tiene tanto que decir en lo humano como en lo divino. No fué descubierto siquiera por uno de los piadosos familiares de Pascal, su hermana, su cu-

ñado o su sobrino, sino por un criado que sin duda heredó su austera y raída indumentaria. A no ser por tan feliz casualidad, el Memorial se hubiera perdido para siempre y nada sabríamos de aquellas dos famosas horas. Constaba de dos piezas: Un borrador ilegible y una copia escrita con esmero. La copia se ha perdido y sólo queda el borrador, conservado en la Biblioteca Nacional de París. Gracias a Etienne Périer es posible leerlo casi integralmente, salvo un par de palabras dudosas. Pascal tenía buen cuidado de descoser y volver a coser el forro y el pergamino cada vez que cambiaba de traje. Quería llevar consigo a todas partes, sin separarse de él un momento, el escrito en que dejó estampado el recuerdo de aquellas horas en que terminaron sus dudas y sus espantos, en que alboró en su noche un ravo de fuego —el amanecer de la gracia— y en que hubo para su alma atormentada certeza, éxtasis, don de lágrimas y goce inefable.

He aquí, *in extenso*, el Memorial. Toda la obra propiamente dicha de Pascal, los *Pensamientos*, arranca de esa noche del 23 de noviembre de 1654 y fué compuesta en cuatro años de enfermedad y sufrimientos casi constantes.

EL MEMORIAL

El año de gracia de 1654.

Lunes 23 de noviembre, día de San Clemente, papa y mártir, y otros del martirologio.

Víspera de San Crisógono, mártir, y otros.

Desde las diez y media de la noche, aproximadamente, hasta medianoche, más o menos.

Fuego.

"Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob", y no de los filósofos y de los sabios.

Certeza certeza sentimiento alegría. Paz.

Dios de Jesucristo.

Deum meum et vestrum.

"Tu Dios será mi Dios".

Olvido del mundo y de todo, fuera de Dios.

No se encuentra sino por las vías enseñadas en el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

"Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido".

Alegría alegría alegría lágrimas de alegría.

Me separé de él.

Dereliquerunt me fontem aquae vivae.

"¿Me abandonarás, Dios mío?"

Que no esté separado de El eternamente.

"Esta es la vida eterna, que te conozcan como solo Dios verdadero, a Ti y al que has enviado, Jesucristo".

Me separé de El; huí de El, lo negué, lo crucifiqué.

Que nunca me separe de El.

Renunciación total y suave.

Su misión total a Jesucristo y a mi director.

Eternamente en goce por un día de ejercicio sobre la tierra.

Non obliviscar sermones tuos. Amen.

S A L U D O

A S R I

R A D H A K R I S H N A N

(Viene de la pág. 2)

es lo que es". No me parece exagerado ver en esta afirmación el origen de la mayoría de nuestros grandes sistemas filosóficos tanto como el de nuestra lógica clásica y sus principios de identidad y no contradicción. Sobre esta idea del ser, verdadera piedra de fundación, se asientan las construcciones de Platón y Aristóteles y el mundo de "las ideas claras y distintas" de Descartes. Mas, como ha señalado Nietzsche, Parménides es "la araña que chupa la sangre del devenir". Es decir, al concebir al ser como lo que es y no como

lo que está siendo, lo inmoviliza. Nada semejante encontramos en el pensamiento indio, que siempre ha pensado al ser como algo flúido. El gran orientalista Masson-Oursel observa que "la raíz 'as'", que correspondería a nuestra idea de ser, nunca fué desarrollada en la India. En cambio, la raíz "bhu", que significa *llegar a ser, devenir*, dió origen a muchos términos filosóficos, religiosos y estéticos". El ser, para la India, no ha sido una piedra para edificar sino un camino hacia nosotros mismos. Un camino, un río, una corriente continua en la que —co-

mo en la imagen de los poetas y en la paradoja de los místicos— los contrarios se funden sin cesar. Y esta concepción dinámica del ser explica por qué el conocimiento no puede distinguirse de la acción. Aquel que se conoce se transforma sin cesar; llegar a ser uno mismo es identificarse con ese ser cuya esencia consiste en el cambio. Saber es igual a ser. En la India nunca estuvieron reñidas religión y filosofía: ambas parten del conocimiento racional y ambas apuntan hacia la creación del ser del hombre. El ser no se da; el ser no es: es un llegar a ser.

Es reveladora la insensibilidad del pensamiento tradicional indio frente a lo que llamamos Historia. Esta filosofía arraigada a la vida aun en sus momentos de mayor abstracción, este pensar que se identifica con el cambio y que combina el devenir con la identidad, profesa una suerte de horror a la historia, tal como ha sido concebida por Occidente. El fin último a que tiende el pensamiento indio parece más bien consistir en un deseo de escapar de la pesadilla histórica. La oposición a la concepción occidental es significativa. Acaso porque los fundado-

res del pensar de Occidente fueron los griegos —seres eminentemente políticos, al grado de que el proceso de Sócrates podría considerarse como un juicio político—, entre nosotros la Historia posee rango metafísico, desde antes de Hegel. Una “filosofía de la Historia” sería impensable para un hindú o un budista. Intentarla, equivaldría a acometer una “filosofía de la ilusión”. Evidentemente, la

otros y, en fin, modeló a su imagen la tierra entera. Fué mucho lo creado, pero también fué mucho lo destruido. Nada ni nadie ha resistido a su terrible contagio: ahí donde Alejandro retrocedió o donde el cristianismo no pudo vencer, las ideas de progreso, democracia, socialismo, técnica, nacionalismo y ciencia influyen y cambian milenarias formas de vida. De grado o por fuerza, todos estamos ya en la Historia. Todos

Mas reparemos que todas estas ideas —y su raíz: la idea misma de “historia”— no pueden ser sino medios, instrumentos y no verdaderos fines. Al final del laberinto de la historia moderna —como al final del dédalo de la “filosofía de la historia”— nos espera el pensamiento indio para preguntarnos ¿cuál es el fin de la “historia”? Y esta pregunta nos la hace también nuestra más venerable tradición filosófica. Ninguno de nosotros

o pereceremos. De todos es conocida la acción de la India en el campo internacional contemporáneo. Pero lo que quisiera subrayar es lo siguiente: la indiferencia de la antigua India por la Historia revela una sabiduría que no podemos desdeñar sin riesgo de incurrir en un suicidio espiritual. La verdadera salud no está en la Historia, sino en nosotros mismos. En nuestro ser, que no tiene fechas porque la vida es algo más que las fechas



... La verdad no puede estar en las apariencias ...

verdad no puede estar en las apariencias. Y a la inversa: desde hace algunos siglos Occidente ha identificado su ser mismo con la Historia. Así, lo ha enajenado. Y a nombre de esta identificación del ser con la Historia —cualquiera que sea el sistema que la encubra: idealista o materialista, vitalista o dialéctico— se ha impuesto al mundo. Encarnación de la Historia, Occidente creó la ciencia moderna, derribó imperios, edificó

somos sujetos de la nueva abstracción: víctimas, verdugos o testigos impotentes. Pero sería injusto negar los aspectos positivos de esta gran revolución. La libertad e independencia de los pueblos no podría haberse logrado —ni podrá lograrse en el porvenir inmediato— sin la palanca de estas ideas occidentales. Hay que decir lo mismo de las ideas de justicia social y desaparición de la explotación del hombre por el hombre.

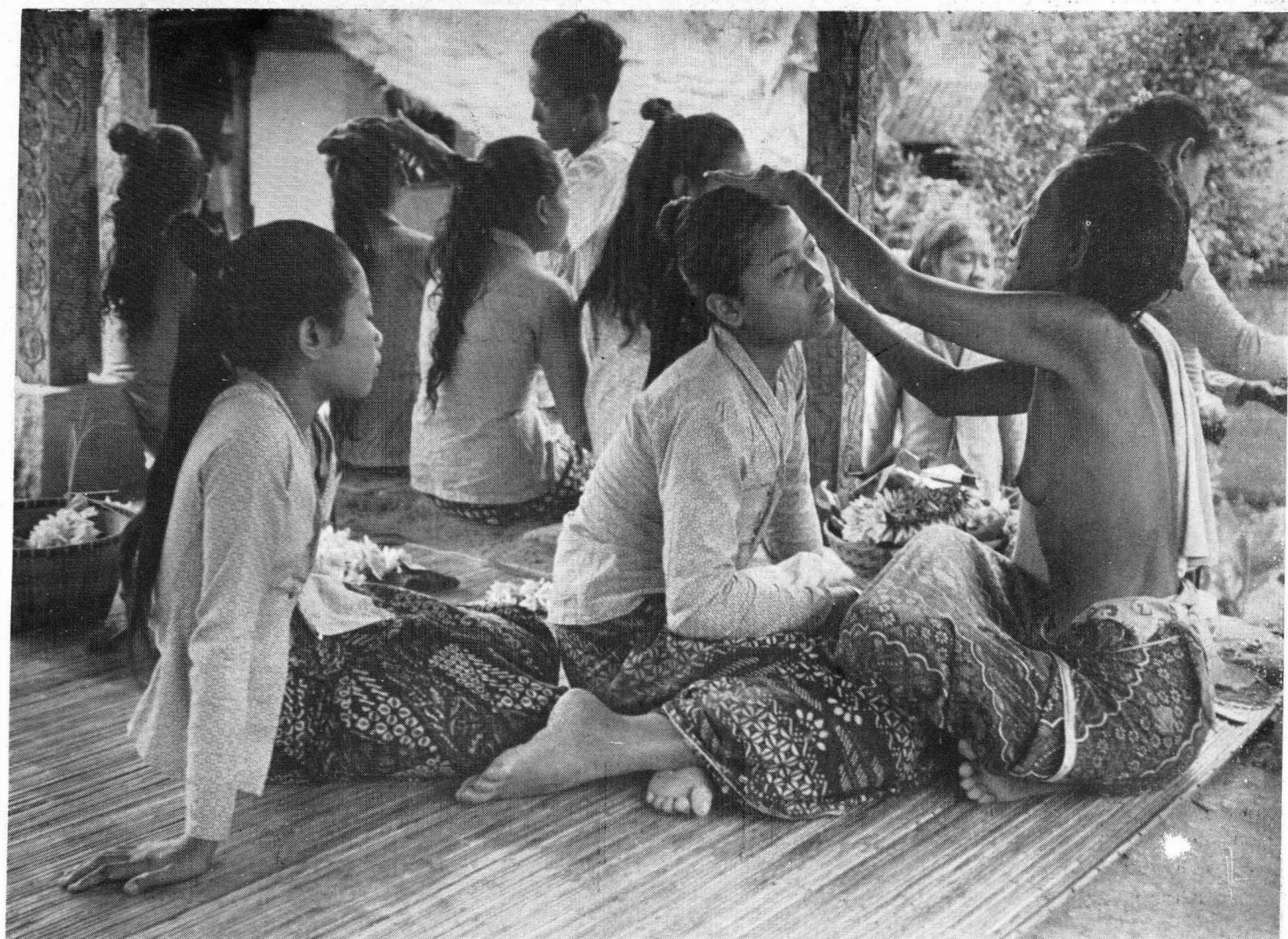
podrá contestarla con certeza. La historia no tiene fin. Por tanto, los fines del hombre no pueden ser exclusivamente históricos. Otro debe ser nuestro destino.

La India contemporánea —según lo dijo ayer Sri Radhakrishnan en su discurso ante el Senado mexicano— también *está en la Historia*. También ella ha asumido parte de la terrible carga. Sabe que nadie puede escapar solo y que juntos nos salvaremos

históricas y que los fines históricos. El filósofo alemán Jaspers ha expresado muy bien lo que nosotros, hombres del siglo xx, podemos esperar de la tradición oriental: “Los mundos espirituales de China e India se han vuelto insustituibles para nosotros... En ellos adivinamos la gran conquista definitiva, una verdad incommunicable y la fuente de una paz más profunda que la alcanzada jamás por occidental alguno”.



...Y este saber, por constituir un saber sobre sí mismo, no se rehusa a la acción...



...Jamás apartarse de las fuentes de la vida...